

Dossier

**Centroamérica:
territorios de violencia**

Coordinado por Sebastian Huhn, Anika Oettler y Peter Peetz

⇒ Presentación

Desde mediados de los años 1990, con el fin de los conflictos armados, la preocupación del mundo en Centroamérica disminuyó considerablemente tanto en cuanto a la cobertura mediática como a la producción académica. Sin embargo, desde hace una década se agiganta una nueva preocupación central, la delincuencia “común” o “cotidiana”. Esa delincuencia se puede manifestar de muchas formas, por ejemplo en secuestros, asaltos, robos, asesinatos, en delincuencia relacionada con drogas, en violencia sexual y doméstica, y en la violencia juvenil. Hoy en día, la violencia juvenil organizada es el tema de violencia y seguridad que más se discute.

Políticos centroamericanos y estadounidenses, juristas, periodistas y analistas de dentro y fuera de la región presentan a las pandillas juveniles como una suerte de “megamaras”: interconectadas a nivel inter- o transnacional, equipadas con enormes recursos financieros y armamento de punta, y acatando las órdenes de una cúpula internacional. Como base argumentativa para ese discurso sirven especulaciones acerca del tamaño, del grado de violencia y de los objetivos de las maras. Además, en El Salvador, Honduras y Guatemala (y en menor grado en Nicaragua) para los medios y para muchos políticos el pandillero se ha convertido en el victimario prototípico para casi cualquier crimen. Se responsabiliza públicamente –con frecuencia mediante los medios de comunicación masiva– a mareros de gran parte de los actos de violencia que se cometen; generalmente sin considerar la existencia o no de pruebas.

En muchos estudios empíricos se proclama que las tasas de violencia en Centroamérica son hoy en día más altas que nunca, que la violencia y la delincuencia representan, por consiguiente, uno de los problemas sociales más grandes de la región, y que las formas represivas de la lucha contra el crimen y el recrudescimiento de la seguridad interna son, ante este trasfondo, justificadas, explicadas o al menos entendibles. Estadísticas de criminalidad y sondeos de opinión parecen respaldar este aspecto. Sin embargo, estos estudios desatienden como factor analítico las luchas sociales de interpretación y clasifi-

* *Sebastian Huhn (historiador), Dra. Anika Oettler (socióloga, coordinadora del proyecto) y Peter Peetz (político) son investigadores del GIGA Instituto de Estudios Latinoamericanos (Hamburgo, Alemania). Este dossier se originó en el contexto de su proyecto de investigación sobre “Espacios públicos y violencia en Centroamérica”, patrocinado por la DFG. Sus publicaciones recientes incluyen: Huhn, Sebastian/Oettler, Anika/Peetz, Peter: Imaginaciones y Percepciones. Si estudiantes de Costa Rica, El Salvador y Nicaragua fueran presidentes... (2008); Huhn, Sebastian/Oettler, Anika/Peetz, Peter: Construyendo Inseguridades. Aproximaciones a la violencia en Centroamérica desde el análisis del discurso (eds., 2006). Véase la página web del proyecto: <<http://www.giga-hamburg.de/projects/violence-and-discourse>>.*

cación, y reflejan un concepto estático del mundo social sin tomar en cuenta la acción discursiva y el dinamismo colectivo. Aunque puedan hasta cierto grado medir y cuantificar la violencia y la delincuencia, contribuyen poco al análisis de lo que estos fenómenos significan socialmente o al análisis de los procesos sociales que supuestamente son reacciones a estos fenómenos.

Igual que todos los fenómenos sociales, la violencia y la delincuencia sólo se convierten en problemas sociales cuando la sociedad las percibe, las denomina, las clasifica y las reconoce como reales. Lo mismo es válido en cuanto a la valoración de estos fenómenos como problemas sociales. La violencia doméstica y la violencia en instituciones educativas pueden servir aquí como ejemplos. De ambos fenómenos se hacía caso omiso y eran tema tabú (o no se consideraban importantes) tanto en Europa como en Centroamérica hasta hace relativamente poco.

Los ejemplos especifican que no son los números ni los hechos sino los discursos los que definen las sensaciones, opiniones y las prácticas sociales. La sensación de seguridad depende fuertemente de medidas públicas (como la intensificación de controles o el aumento del presupuesto de seguridad) y de creer o no que las agencias encargadas de la seguridad tienen la capacidad de mejorar la situación (Garland 2003: 122). El temor ante un determinado crimen puede ser alto en la población, a pesar de que el crimen, estadísticamente hablando, se cometa pocas veces. Entre la escenificación medial, la acción estatal y la sensación social de crisis parece haber una relación de interdependencia y de intensificación mutua y hasta podría ser que se originan paralelamente. Para analizar la significación y las consecuencias de la violencia hay que investigar los discursos y sus contextos sociales, en vez de postular la existencia (creciente) de la violencia valiéndose, como es común, del meta-indicador de los homicidios y promoviendo la supuesta solución: mayor seguridad interna a costa de la legalidad constitucional.

En todos los países de la región se está llevando a cabo una lucha de definición, interpretación y clasificación entorno al campo temático “violencia/delincuencia/(in)seguridad”. Y aunque esta lucha tenga consecuencias políticas y sociales sumamente relevantes para las sociedades centroamericanas, no ha sido objeto de un análisis sistemático. En general, la forma en que una sociedad percibe y reacciona a la violencia y a la delincuencia depende más de los procesos dentro de esta sociedad para “negociar” la definición y el sentido de la violencia y la delincuencia —es decir, depende más del discurso sobre estos fenómenos— que de los actos de violencia o delincuencia como tales.

De ese modo se eluden preguntas difíciles pero claves: ¿qué es exactamente lo que se percibe como amenaza, de qué manera y por qué se perciben esas amenazas?

En Centroamérica, el tema de la violencia y de la delincuencia se discute en numerosos ámbitos de la vida social, algunos de los cuales están representados en este dossier: el tema aparece en diferentes medios (la televisión como medio de comunicación masiva, la literatura como expresión artística), en diferentes lugares (La Carpio) y en forma de diferentes fenómenos (las maras). Las autoras y autores de este dossier se acercan a la construcción social de la violencia desde la etnología, la sociología, la lingüística y la ciencia literaria.

Werner Mackenbach y Alexandra Ortiz Wallner enfocan las percepciones, ficcionalizaciones y (de)construcciones de la violencia en la narrativa centroamericana. Su punto de partida son las representaciones literarias de los años setenta y ochenta, en las cuales dominaba un concepto de violencia basado en la denuncia de la opresión política, econó-

mica y social, ejercida principalmente por gobiernos autoritarios y militares, así como en la justificada contra-violencia colectiva de los oprimidos y subalternos. Antitéticamente, las expresiones narrativas más recientes representan y presentan una violencia despojada de un sentido político-ideológico y sin justificación ético-moral alguna. Mackenbach y Ortiz Wallner analizan cómo aspectos claves (el cuerpo, las (re)presentaciones del espacio urbano y la memoria) convergen en los textos literarios, reflejando la transgresión de la moral y/o entorpeciendo las estructuras de poder que originan la violencia misma.

Respecto a la construcción mediática de inseguridad(es), Adrián Vergara Heidke se concentra en los principales noticieros de Costa Rica, con el fin de determinar si existen recursos discursivos que permitan comprender y explicar la percepción exagerada de inseguridad en ese país. Desde una perspectiva lingüística, analiza dos noticias sobre actos delictivos de los noticieros de los canales de las empresas Teletica y Repretel. Mediante el análisis detallado de las macroproposiciones, los actores y el realce, Vergara Heidke reconstruye la construcción mediática de víctimas y victimarios transmitida a través de “noticias rojas”.

Mónica Brenes Montoya, Karen Masís Fernández, Laura Paniagua Arguedas, Esteban Sánchez Solano y Carlos Sandoval García exploran cómo personas que habitan en la comunidad binacional y marginalizada de La Carpio en San José, Costa Rica, viven la experiencia de segregación urbana, inseguridad y estigmatización social. Entre otros, se explora el modo en que vecinos y vecinas se posicionan frente a las imágenes de inseguridad y criminalidad que, sobre todo, los medios de comunicación han elaborado sobre la comunidad, la cual ha sido representada como un lugar “peligroso”, “bajo” y “contaminado”. Además, se discuten las repercusiones que la inseguridad tiene en términos de la configuración de subjetividades para quienes habitan la comunidad.

Wendy Bellanger y José Luis Rocha presentan una revisión crítica de los estudios realizados sobre maras y pandillas juveniles. Describen cómo los diferentes recursos de aproximación a las pandillas moldean los resultados del análisis. Con una expresa intención crítica y provocativa, Bellanger y Rocha distinguen entre “estudios de contacto nulo, breve o a través de intermediarios” y “estudios de contacto prolongado y personal”. ¿En qué se diferencian? Las diferentes metodologías empleadas inciden definitivamente en la delimitación del problema, en la calidad de la información obtenida, y, por tanto, en los resultados del estudio. Bellanger y Rocha concluyen que “la mayoría de los estudios sobre maras y pandillas se han convertido en reproductores o reforzadores de la violencia simbólica que se ejerce en contra de los jóvenes de estos grupos”.

Las colaboraciones de Wendy Bellanger y José Luis Rocha, de Werner Mackenbach y Alexandra Ortiz Wallner, de Adrián Vergara Heidke y de Mónica Brenes-Montoya, Karen Masís-Fernández, Laura Paniagua-Arguedas, Esteban Sánchez-Solano y Carlos Sandoval García pueden ser leídas como un conjunto de mensajes, una tabla compleja de referencias. El leitmotiv de la basura podría valer como ilustración. “En las construcciones imaginarias que se tienen sobre La Carpio es frecuente el uso de calificativos ligados a una posición baja, inferior y despreciativa, además, se utilizan vocablos que se refieren a la contaminación y suciedad”, constatan Sandoval *et. al.* Notablemente, Mackenbach y Ortiz Wallner se refieren a una novela del “costarricense Fernando Contreras, en la que se muestra la desmitificación de la ‘comunidad imaginada’ a través de la vida diaria en un basurero municipal”. Otro ejemplo es la imagen de la juventud peligrosa que se debe, entre otros, a la construcción académica y mediática de las maras. Sandoval *et. al.* expli-

can cómo un evento violento es concebido por habitantes del barrio La Carpio como un “asunto de pandillas”, un hecho que “muestra la ausencia de otras categorías para nombrar la historia colectiva en las narrativas infantiles”.

En su conjunto estas colaboraciones muestran que el miedo no se basa en estadísticas de homicidios sino en un discurso público que se materializa tanto en la televisión como en la producción académica, y tanto en la vida diaria como en la literatura. La violencia es un fenómeno ambivalente, una “experiencia desorganizativa” (“disorganizing experience”) y al mismo tiempo un “símbolo organizativo” (“organizing symbol”) (Caldeira 2000: 21). Las colaboraciones de este dossier permiten una aproximación a lo esencial de la construcción social de realidades violentas en Centroamérica.

Bibliografía

- Caldeira, Teresa P. R. (2000): *City of Walls. Crime, Segregation, and Citizenship in São Paulo*. Berkeley/Los Angeles/London: University of California Press.
- Garland, David (2003): *The Culture of Control. Crime and Social Order in Contemporary Society*. Oxford: Oxford University Press.